

INVESTIGACIONES

Los científicos y su quehacer

Perspectivas en los estudios sobre trayectorias, producciones y prácticas científicas

Eduardo Remedi Allione
Rosalba Genoveva Ramírez García
Coordinadores

BI
BIBLIOTECA
DE
EDUCACIÓN
SUPERIOR

ANUIES

509.72
C545

Q149.M4
C545

Los científicos y su quehacer : perspectivas en los estudios sobre trayectorias, producciones y prácticas científicas / Eduardo Remedi Allione, Rosalba Genoveva Ramírez García (Coordinadores) -- México, D. F.: ANUIES, Dirección de Producción Editorial, 2016.
460 páginas. -- (Colección Biblioteca de la Educación Superior)

ISBN: 978-607-451-116-1

1. Científicos-México. 2. Ingeniería-México. 3. Universidad de Sonora-Investigación
4. Universidad de Colima. Centro de Investigaciones Biomédicas-Investigación. 5.
México-Investigación. 6. Brasil-Investigación. 7. Venezuela-Investigación. 8. Andalucía
(España)-Investigación. I. Remedi, Eduardo, coordinador. II. Ramírez García, Rosalba
Genoveva, coordinadora. III. Serie.

Coordinación editorial
Mario Saavedra García

Portada
María de Lourdes Hidalgo López

Imagen de portada
© Lemonpink | Dreamstime.com - Architectural Arches Photo

Corrección de estilo y cuidado de edición
María Antonia Rodríguez Rodríguez

Formación editorial
María de Lourdes Hidalgo López

©2016, ANUIES,
Tenayuca 200
Col. Santa Cruz Atoyac
C.P. 03310
México, D.F.

ISBN: 978-607-451-116-1

Impreso en México

CONTENIDO

Eduardo Remedi Allione

En su memoria

Germán Álvarez Mendiola

11

Sujetos, grupos, instituciones y disciplinas en la construcción
de trayectorias y campos científicos. Notas introductorias

Eduardo Remedi Allione y Rosalba Genoveva Ramírez García

13

PRIMERA SECCIÓN

Procesos de constitución de campos científicos

Capítulo 1. Científicos extranjeros en México: territorios y redes

Silvie Didou Aupetit

39

Capítulo 2. El "efecto espejo". El impacto de la jerarquización
del mercado internacional de la formación sobre el espacio
científico nacional. El caso de la ingeniería mexicana

Etienne Gérard

69

Capítulo 3. El ISA y los dilemas éticos de la investigación
y la enseñanza: comparaciones entre Brasil y México

Priscila Faulhaber Barbosa

99

Capítulo 4. Dinámicas institucional e interna de una comunidad científica en la periferia: caso Venezuela <i>María Cristina Parra Sandoval</i>	131
SEGUNDA SECCIÓN Procesos de institucionalización disciplinaria en diferentes contextos	
Capítulo 5. Construyendo la ciencia en la Universidad de Sonora: grupos de investigación en Matemáticas y Física <i>Juan Pablo Durand Villalobos y José Raúl Rodríguez Jiménez</i>	169
Capítulo 6. Estilos de trabajo académico y experiencia formativa <i>Marcela Sosa</i>	197
Capítulo 7. Ethos, estructura y trayectoria de los grupos de investigación <i>Mery Hamui Sutton</i>	233
Capítulo 8. Grupos de investigación destacados en Andalucía: liderazgo, colaboración y desarrollo institucional <i>Julián López Yáñez y Mariana Altopiedi</i>	277
Capítulo 9. Marcas de un proceso grupal en la constitución de un campo científico. El Centro Universitario de Investigaciones Biomédicas (CUIB) de la Universidad de Colima <i>Eduardo Remedi Allione y Rosalba Genoveva Ramírez García</i>	307
TERCERA SECCIÓN Construcción de trayectorias científicas en los campos de las ciencias sociales, exactas y naturales	
Capítulo 10. "Hacer Sociología", entre la historia reciente y el tiempo presente. Itinerarios biográficos y académicos de mujeres universitarias <i>Sandra Carli</i>	359

Capítulo 11. Devenir científico. Prácticas marginales, instituciones transicionales y figuras de identificación en la conformación de trayectorias consolidadas <i>Eduardo Remedi Allione y Rafael Blanco</i>	385
Capítulo 12. Marcas simbólicas en los inicios de la trayectoria científica de tres mujeres en el área de ciencias exactas y naturales <i>María Araceli Montiel Oviedo</i>	413
Siglas y acrónimos	447
Acerca de los autores	451

	Francia	Estados Unidos	España	Inglaterra	México
Hidalgo	2.6	0	6.3	1.2	1.9
Jalisco	6.5	5	7	2.9	4.4
Estado de México	4.9	5	7	3.7	5
Michoacán	1	1.7	2.3	5.3	3.5
Morelos	7.2	4	4.7	9	7
Nayarit	1	0	0.8	0	0.2
Nuevo León	5.6	13.1	2.3	9.4	4.2
Oaxaca	1.6	0	1.6	0.4	1.6
Puebla	2.3	8.7	3.9	3.7	4.9
Querétaro	3.3	3.4	2.3	4.9	4.8
Quintana Roo	0	0	0	0	0.3
San Luis Potosí	5.2	8.4	6.3	2.4	2.2
Sinaloa	0.3	1.7	0	0	0.6
Sonora	1	4	3.9	1.2	3.2
Tabasco	0.3	0	0.8	0.4	0.6
Tamaulipas	1.6	0.3	6.3	0.8	2.4
Tlaxcala	0.3	0	0	0	0.6
Veracruz	6.5	1	1.6	2.4	2.4
Yucatán	1	2.3	1.6	1.2	1.5
Zacatecas	0	1	0	0.4	1
No disponible	2.9	4.7	3.9	3.7	1.9
Total	100	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

CAPÍTULO 3

EL ISA Y LOS DILEMAS ÉTICOS DE LA INVESTIGACIÓN Y LA ENSEÑANZA: COMPARACIONES ENTRE BRASIL Y MÉXICO¹

Priscila Faulhaber Barbosa

Introducción

Abordaré en este trabajo la constitución y la articulación de las trayectorias de antropólogos americanos, brasileños y mexicanos con el propósito de examinar cómo los individuos y grupos se legitiman en el campo científico. Considero relevante remontarnos a la época de la Segunda Guerra Mundial, cuando por iniciativa de Julian Steward, la Smithsonian Institution creó oficinas del *Institute of Social Anthropology* (ISA) en cinco países de América Latina. Consideraré primeramente la cuestión de las dinámicas institucionales en términos de ejemplos específicos de génesis de las ciencias sociales.

Considero la cuestión del "qué hacer" científico, entendiendo que varios referentes implican distintas perspectivas de trabajo junto a los sujetos de investigación, lo que representa una problematización ética. Al final focalizaré la cuestión de los procesos de transmisión del quehacer científico, pensando una visión alternativa de enseñanza de la antropología social articulado a procesos

¹ Traducción al español: Ladislao Landa Vásquez, antropólogo y maestro de la Universidad de San Marcos (Perú).

de control social. Antes que mostrar recetas de explicación de la realidad, considero pertinente transmitir instrumentos de reflexividad y crítica sistemática que permitan formar investigadores sintonizados con la realidad social. En este sentido, destaco las experiencias del ISA en México y en Brasil, aun con las asimetrías que esto implica, ya que éstas permitirán realizar procesos investigativos de campo, e incentivar la carrera internacional de investigadores y de producción de publicaciones fundamentales para dar continuidad a la tarea de transmisión de conocimientos científicos.

El objetivo de este trabajo es presentar una contribución antropológica para discutir sobre el quehacer científico. Establezco un contraste de contextos entre México y Brasil, teniendo en cuenta las estrategias individuales e institucionales de investigadores en ambos países, desarrolladas con relación a la propuesta de Steward de implantación de un "instituto colaborativo" en países de América Latina, denominado Instituto de Antropología Social. Dado mi conocimiento sobre la historia de la antropología en Brasil, parto en mis reflexiones sobre una etnografía histórica de tales estrategias en ese país, tomando como contrapunto cuestiones extraídas de la lectura de fuentes archivísticas y de la literatura especializada sobre México.

Etnografía, contraste de contextos e historicidad discursiva

Al pensar en una comparación entre trayectorias sociales asociadas a las respuestas generadas por la implantación del ISA en Brasil y en México, entiendo que se trata de países con organizaciones similares que tienen ámbitos educacionales y científicos "equivalentes y recíprocamente traducibles" (Gramsci, 1981: 85); considero que sus investigadores estaban comprendidos en situaciones nacionales comparables. No obstante, mientras éstos realizaban sus investigaciones, su postura era diferente de las asumidas por los estadounidenses que ocupaban posiciones de dirigentes del ISA en México y en Brasil, pero tenían en perspectiva un manejo del capital simbólico adquirido en sus carreras de docentes y gestores universitarios en las instituciones de las que provenían.

Se aplica aquí el comparativismo histórico a la historia de la antropología, de modo que, adoptando la noción de "contraste de contextos" (Skocpol y Sommer, 1980), se pueda abordar una situación poco conocida a partir de una

reflexión sistemática sobre determinado problema,² en un juego dinámico de las posibilidades de contabilizar diferencias y semejanzas entre relaciones sociales en un campo multisituado de intereses observacionales. Se considera aquí la posibilidad de elaborar analogías con base en el examen de "ambientes sociales distintos" (Barros, 2007: 8), aunque planteados en formaciones regionales constituidas en términos de cierta contigüidad temporal y espacial y que pueden remontar a un contexto histórico común, con semejanzas evidentes que emergen en un plano de influencias recíprocas. Considero tal abordaje relevante para el análisis discursivo, el mismo toma en cuenta correlaciones de campo científico en situaciones específicas.

En el análisis de la relación entre locales, proyectos y fuentes de conocimiento, Des Chene (1997) problematiza como si se tratara de documentos encontrados en "investigación de campo", los cuales llevan a los investigadores a buscar documentos en otros lugares para los cuales fueron movilizados. El cuestionamiento sobre los procesos de apropiación cultural, conectados con dinámicas coloniales o poscoloniales, que produjeron lagunas en el propio lugar (y sus alrededores), donde los documentos fueron elaborados, llevan a considerar la multilocalidad de la producción del conocimiento. Para tener acceso a los documentos es preciso develar una verdadera trama detectivesca, seguir pistas, contar con probabilidades, descifrar enigmas. Fue lo que ocurrió con la historia del ISA, pues poco se sabe de éste en los países en que fue implantado, estando la mayor parte de los documentos del instituto depositados en la *Smithsonian Institution*. De acuerdo con Riles (2006):

Los documentos consisten en artefactos de conocimiento que definen la propia práctica etnográfica entendida como la instancia de reflexividad, al rebuscar indicios, someter los documentos a los planos de condiciones epistemológicas más amplios de producción del conocimiento (Riles, 2006: 7).

Tal abordaje trata de entender cómo los propios antropólogos producen documentos como objetos etnográficos, categorías analíticas, orientaciones metodológicas (Riles, 2006: 23).

² La historia comparativa trabaja en el sentido de probar las teorías y problemas previamente formulados como contrastando evidencias en diferentes situaciones observadas (Marc Bloch, 1929).

En el examen de las prácticas de los investigadores relacionadas con el ISA, se busca entender cómo la afirmación de un determinado sujeto, por medio de la figura de una persona social, implica su involucramiento en disputas de poder institucional que remiten a relaciones de fuerza subyacentes. Buscando operacionalizar herramientas de la antropología actual, se trata de considerar un análisis discursivo del esfuerzo de la guerra y del despertar de la Guerra Fría en los años 1940; cómo las personas experimentaron de diferentes modos el mundo en que vivieron, considerando la manera en que el poder operaba en sus proyectos y prácticas (Gavin 2004: 216).

Reconsiderando el concepto de *hegemonía* de Gramsci (1981) y Thompson (1963), se trata de considerar antropológicamente cómo el poder y las prácticas culturales están interrelacionadas en la formación del sujeto. En la línea de Roseberry (1994: 361), considero el modo en que la lucha por el control hegemónico operacionalizaba una estructura material y significativa en la cual los sujetos actuaban en órdenes sociales enraizados en prácticas de dominación. Roseberry (1994: 362) relativiza la definición de un "campo de fuerzas" definido como una oposición magnética bipolar, argumentando que la realidad es infinitamente más compleja, envolviendo múltiples lugares de dominación y experiencias de lucha contra la opresión en las cuales elaboraban estructuras de sentimiento y subjetividades sociales (Williams, 1977). "Aunque lidiando con estructuras profundamente coercitivas, éstas no siempre son vivenciadas como tales" (Derek, 1994: 373), entiendo dichas estructuras como vehículos culturales que condicionan las prácticas en tanto *habitus* (Bourdieu 1982), como resultado de cadenas de sentido interconectado históricamente, cuyo examen comprende dominios de cultura.

Se trabaja aquí con la discusión sobre "representaciones del intelectual" de Edward Said (1996). De acuerdo con Said, serían considerados "intelectuales orgánicos", conforme a la definición de Gramsci (1982), los publicistas o relacionistas públicos que en la sociedad democrática buscan construir el consentimiento de los clientes, ampliar horizontes de consumo o formar opinión. Tales intelectuales orgánicos están activamente envueltos en la sociedad donde actúan sobre las mentes y representan determinados intereses. Por definición, están siempre envueltos con el quehacer, con el movimiento. Considerando la "representación social" como un instrumento heurístico de carácter genérico, la opción aquí fue focalizar un examen de las recurrencias y del implícito discursivo en las declaraciones de los científicos sociales focalizados; de los con-

ceptos empleados por ellos y de las prácticas sociales en las cuales estaban insertos. Tales declaraciones, conceptos y prácticas están relacionados en "redes de formulaciones" que constituyen campos de articulación interdiscursiva cuyo examen permite considerar analíticamente la dimensión constitutiva de las prácticas sociales (Maingueneau, 1989).

Said (1996) plantea una connotación radical a su definición de *intelectual*, afirmando como característica de los intelectuales su eticidad, y como consecuencia de esto, su disposición para decir "la verdad al poder" (Said, 1996: 65). Esto no siempre es posible y los que no quieren ser un mero mecanismo de la cadena de dominación son forzados a callarse siendo de este modo un producto del gran desconocimiento de las dimensiones profundas de la situación de los rincones remotos (Batalla, 1996) y un gran silencio en amplios sectores nacionales (Lomnitz, 2001).

La reflexión aquí establecida parte de la búsqueda de lo implícito en la lectura de informes, declaraciones y ensayos en los cuales tales investigadores, preocupados con la sistematización de sus experiencias, describen en sus reportes y sus correspondencias sistemáticamente archivadas, sus prácticas en la organización del ISA. Se toma por objeto la vinculación de los científicos sociales de Brasil y México tratando de entender cómo investigadores nativos en estos países que participaron en tal coyuntura, abrieron, concedieron o no alternativas para sus propios proyectos en términos institucionales y de sus trayectorias profesionales. Se trata de entender aquí, principalmente, cómo los investigadores en los dos países subalternizados no siempre presentaron una efectiva oposición a lo que era ofrecido, pero intentaban operacionalizar las posibilidades en un juego adecuado, así como las demandas del Estado y sus intereses intelectuales. En el presente trabajo, se abordan tales discursos en términos antropológicos, es decir, la intersubjetividad es considerada para comprender de qué manera investigadores como Julian Steward, George Foster y Donald Pierson representaban al ISA como un proyecto institucional, y qué propuestas despertaron respuestas en las prácticas y discursos de los investigadores de México y Brasil.

¿Propuesta colaborativa?

Julian Steward propuso a sus colegas latinoamericanos la creación de un "instituto colaborativo". Sin embargo, en ese espíritu de cooperación se encontraba

subyacente un sistema intervencionista en una situación de lucha por la hegemonía, por el dominio de Estados Unidos en amplias esferas económicas, sociales, políticas, culturales y también científicas. Dado el interés estratégico de América Latina por ese país en la época de la guerra, Steward obtuvo recursos del Departamento de Estado Americano para financiar acciones del ISA que se sumarían a los recursos puestos a disposición por agencias filantrópicas de la nación norteamericana, como la *Rockefeller Foundation*, la *Carnegie Foundation* y otras. Esto rompía con el posicionamiento de Franz Boas durante la primera guerra en cuanto a que los propósitos militares y económicos o injerencias no debían interferir sobre los proyectos de investigación.

La inquietud de Franz Boas con la determinación de las clasificaciones de las áreas culturales de acuerdo a propósitos museológicos, que atendían a intereses económicos colonialistas, lo llevó a buscar una autonomía intelectual, tratando de centrar su producción académica en la Universidad de Columbia, donde redefinió el concepto de *área* en un campo de proyectos comparativos en el ámbito de la antropología cultural (Jackins, 1996). Aunque Boas no estuviese propiamente interesado en la elaboración de grandes síntesis teóricas, éstas fueron buscadas por sus alumnos, principalmente por Robert Lowie (Du Bois, 1960). En la década de 1940, autores como Julian Steward, recurrieron a presupuestos del estructural funcionalismo británico y produjeron un cambio en función de las regularidades culturales definidas a partir de propósitos políticos estratégicos o de proyectos de desarrollo (Faulhaber, 2012). Este movimiento, que estuvo articulado a una definición del campo de estudios regionales y etnográficamente situados, fue emprendido por investigadores académicamente entrenados, que se dedicaron a discutir conceptos antropológicos en diálogo con teorías "nativas" o concebidas localmente, promoviendo al mismo tiempo el debate multisituado articulado a un esfuerzo de traducción y re-traducción cultural en el contexto de teorías sociales transregionales (Lederman, 2008: 325).

La emergencia de las ciencias sociales como un campo legítimo del conocimiento en el contexto de entre guerras en Estados Unidos, ocurrió cuando la ingeniería social y la ciencia aplicada fueron consideradas instrumentos para buscar alternativas económicas en los embriones de programas de desarrollo que se implantaron después de la Segunda Guerra mundial. En ese intermedio, las jerarquías científicas continuaron siendo empleadas como instrumentos de demarcación de competencias. Los objetos de las ciencias sociales fueron incorporados por estar asociados a mecanismos de control social, no obstante,

eran considerados espurios y fronterizos cada vez que mostraban incongruencias que aparecían como amenazas para la consecución de los mecanismos de control social.

El *Social Science Research Council* (SSRC) fue creado en 1923 con intervención explícita del programa de Ciencias Sociales de la Fundación Rockefeller (FR), establecido en 1918. Ya en 1924 el SSRC había definido entre su campo de comprensión tópicos como relaciones interraciales y aspectos científicos de migración humana. El financiamiento de las asociaciones filantrópicas pareció adquirir un carácter "interesado" con la intervención de científicos sociales (antropólogos), al incorporar los estudios sobre las diferencias socioculturales en el direccionamiento de los fondos de investigación de la biología humana (Stocking, 1985: 117), aunque apoyado mayoritariamente en las investigaciones en antropología física y el "salvamento" arqueológico. En Estados Unidos, la antropología cultural se ocupó en sus primeros tiempos exclusivamente de asuntos internos a través de estudios sobre los indios dentro del propio territorio nacional, sin significativas incursiones comparativas continentales.

El despertar de intereses por las ciencias sociales estuvo articulado a la antropología social inglesa (que la FR vino a financiar), fundada en articulación con la administración colonial. La disciplina fue alimentada en instituciones académicas relativamente conniventes con la adaptación de metodologías para resolver problemas sociales a modo de utilizarlos para lubricar los engranajes que servían a propósitos imperiales, omitiendo posicionarse frente a rupturas con prácticas inherentes a ellas, considerando el sistema colonial como algo "históricamente dado" (Asad, 1973).

Stocking (1985) investiga en qué medida y de qué modo la pauta de investigación en la antropología fue definida por la ideología de los Rockefeller, en tanto representantes del capitalismo corporativo integrado al colonialismo occidental. Se notaba también la mediación de actores políticos como indicador de las articulaciones entre los objetivos del SSRC y las articulaciones políticas de Franklin Delano Roosevelt (entonces gobernador del estado de Nueva York y posteriormente presidente de Estados Unidos) en el Comité consultivo para la investigación empresarial, ética industrial, creado en el SSRC en 1928 (Stocking, 1985: 133).

El Instituto de Ciencia Social (*Institute of Social Science/ISS*) de la Universidad de California en Berkeley (UCB) fue creado en 1932, en plena depresión americana. Conforme al acta del 30 de agosto de 1932, el consejo del ISS fue

asumido institucionalmente por la UCB después del contacto previo con Alfred Kroeber en reuniones del *Social Science Research Council* (SSRC), en 1931. La participación de Kroeber en el SSRC y la interacción con representantes de la Fundación Rockefeller (FR) fue estratégica para que el ISS se beneficiase con recursos de la FR, la cual incentivaba investigaciones de campo originales promovidas por investigadores con entrenamiento académico en Estados Unidos. Steward realizó su investigación doctoral en Berkeley apoyado por presupuestos de este instituto y en esto se basó cuando hizo contactos con las instituciones estadounidenses articuladas frente a la emergencia de la guerra para crear el ISA, interesado en actuar en instituciones de investigación en países de América Latina.

Colaboraciones previas

En México había una huella de actuación de importantes antropólogos como Robert Redfield y Sol Tax, cuyos proyectos estuvieron relacionados al apoyo obtenido por agencias filantrópicas de Estados Unidos, las cuales sirvieron para la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). En la primera década del siglo XX, los mexicanos lucharon contra la influencia hispánica y para erigir la nacionalidad en términos de valores panamericanos, tomaron la imagen del indio como símbolo nativista y como uno de los pilares de la llamada "época de oro" de la antropología mexicana. La vecindad geográfica y la proximidad con los valores panamericanos fueron elementos propicios para una aproximación con los centros antropológicos de Estados Unidos, que dieron soporte material para contrabalancear la influencia europea. Nelson Rockefeller y la *Carnegie Foundation* apoyaron proyectos que resultaron en 1939 en la fundación del INAH y en la creación de la Escuela de Antropología, a la cual estuvieron asociados el Instituto Indigenista Panamericano y la revista *América Indígena*. En el espíritu de esta colaboración, Robert Redfield y Sol Tax desarrollaron investigaciones que facilitaron la base para la instalación del Instituto de Antropología Social. En México fueron realizados grandes congresos panamericanos, cuyos promotores buscaban exportar el indigenismo nacional, no obstante, conviene señalar que en ese entonces, y de acuerdo con Lima (2005), las élites y el Estado brasileños no estuvieron receptivos a un in-

digenismo revolucionario, aun cuando el indigenismo mexicano de los años cuarenta ya estuviese muy lejos del espíritu revolucionario de inicios de siglo.

Julian Steward concibió un plan preliminar para el ISA en julio de 1942; presentó el proyecto para su operacionalización ante el Comité Interdepartamental para Cooperación con las Repúblicas Americanas en agosto del mismo año. Explicó su propósito de implementar un entrenamiento cooperativo en enseñanza antropológica e investigación con otras repúblicas americanas.

En los años que antecedieron inmediatamente a la Segunda Guerra Mundial, el SCRC y el *American Council of Learned Societies* (ACLS) elaboraron los programas de estudios del área fuera de Estados Unidos, enfocándose principalmente en los países asiáticos. El Comité de Estudios Latinoamericanos fue el primer Comité de ACLS en promover estudios en un área grande. Durante la guerra se concretó una "división del trabajo" entre los continentes. Mientras la *Office of Strategic Services* (embrión de la CIA) capitaneado por William Donovan cuidaba de Oriente, la *Office of the Coordinator of Interamerican Affairs* (OCIAA), actuaba con cierta autonomía ante el Servicio de Inteligencia Especial del FBI, dirigido por J. Edgar Hoover (Price, 2008). Como creador y gestor del Instituto de Asuntos Interamericanos (IIAA), Rockefeller pasó a tener relativo control sobre la economía de recolección de información sobre América Latina, dirigiendo la provisión de recursos federales para iniciativas volcadas a la región, asociando investigación arqueológica con asistencia e intervención de Estados Unidos para propósitos de desarrollo. El comité interdepartamental para cooperación científica y cultural establecido por su Departamento de Estado concurrió para delimitar tal asociación entre planeamiento burocrático e investigación académica.

Las directrices del ISA fueron establecidas en consonancia con las determinaciones del *Joint Committee on Latin American Studies* (JCLAS), que reunía al *National Research Council*, al *American Council of Learned Societies* y al *Social Sciences Research Council*. El JCLAS fue instituido el 29 de marzo de 1942 bajo la dirección de Robert Redfield "con el objetivo de promover y coordinar la actividad académica en el campo latinoamericano" (Redfield 1943: 3). Se planteó un énfasis especial al papel de la red de científicos sociales especializados en América Latina para dar entrenamiento y servicios generales que pudiesen viabilizar las actividades de la guerra. México era considerado especialmente estratégico, toda vez que era un área estratégicamente estudiada por académicos

de Estados Unidos, por ello no era gratuito que Redfield, con larga experiencia en el país, ocupara una posición prominente en esa estructura de política científica, actuando como un profesor consagrado en la Universidad de Washington.

En septiembre de 1943, Steward se convirtió en director del ISA. Aunque para él no se tratase propiamente de un instituto de antropología aplicada, Steward tenía en mente una investigación que pudiera servir a fines prácticos. La presencia de investigadores estadounidenses en cada país estaba legalmente basada en un convenio firmado por el ministro de relaciones exteriores del país involucrado y por el Departamento de Estado norteamericano. La demanda inicial para la participación de los Estados Unidos era solicitada por cada país latinoamericano. El convenio establecía el periodo de colaboración acordado, la contribución de cada gobierno y los términos generales de cooperación. El acuerdo era semejante en todos los países: Estados Unidos tendría que reclutar personal adecuado, pagar los salarios, presupuestos y costos de campo. Las instituciones locales participantes se comprometían a dar espacio en oficinas de trabajo, salones de clases, auxiliares de enseñanza, así como a financiar los presupuestos de investigación de campo. Las áreas donde se realizarían las investigaciones deberían ser definidas en común acuerdo por las instituciones locales y los investigadores norteamericanos. Los investigadores estadounidenses no podrían llegar a los países latinoamericanos antes de la aprobación oficial por los gobiernos locales. Los gobiernos huéspedes tendrían, por tanto, poder de veto y de este modo un grado considerable de control sobre los participantes de Estados Unidos.

Steward visitó México en septiembre de 1943 cuando estableció los términos de un acuerdo para el trabajo del instituto con autoridades de la Escuela Nacional de Antropología y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, sometiendo este acuerdo al Departamento de Estado de los Estados Unidos antes de fines de septiembre. El hecho de que el acuerdo demorara algunos meses denota algunas aristas a ser consideradas en lo concerniente a la interpretación de los mexicanos sobre las bases de la cooperación.

Ética de investigación

La lectura de trabajos publicados, cartas y entrevistas de estos autores, junto con documentos institucionales de la *Smithsonian* permiten indagaciones sobre

cómo las fuentes de financiamiento pueden interferir o no sobre los procesos de investigación y sobre la interacción con los sujetos de investigación. No existe una completa homogeneidad entre los autores al interior de los diferentes países aludidos, aunque era frecuente la idea de que los autores norteamericanos con perfil académico estaban orientados por una perspectiva universal, y los autores de México y Brasil estaban inmersos en particularismos nacionales, étnicos y políticos.

Cabe considerar el entendimiento de los investigadores sobre sus prácticas en lo que se refiere a las relaciones de poder y a los sujetos investigados, así como la suya propia como un proceso de interacciones. Comprender el fondo de la práctica y la ética científica requieren una perspectiva de análisis discursivo que demuestre la heterogeneidad del campo antropológico en Estados Unidos, toda vez que Steward pautaba su comprensión de la antropología social por el behaviorismo científico que se contraponía a métodos de investigación social puestos en práctica por Tax y Redfield.

En México fueron establecidos trabajos de tres vertientes de la antropología aplicada de la época, con estudios de comunidades de Redfield (1930), la antropología de la acción de Sol Tax y los estudios de desarrollo. Los estudios de Redfield un estilo académico que buscó generar distinciones claras entre categorías sociales que fundaran los *peasant studies* (estudios de campesinado en tanto entidades aisladas, con base en la diferenciación de la cultura folk frente a la sociedad "civilizada"). Tax definió la "antropología de la acción" como un método experimental de estudio indisoluble de la investigación de campo propiamente dicha, como una actividad no utilitaria que articulase el aprendizaje y la ayuda, donde ninguna de estas dos prácticas fuesen dominantes. A partir de la constatación de que el conocimiento es poder, Tax abogaba por tratar de renunciar al segundo aspecto sin dejar el primero, adoptando una postura ética en búsqueda de la verdad (Tax, 1925, 1975: 516). Foster (1989:139) señala que Julian Steward, contraponiéndose a lo que juzgaba activismo político, proponía una práctica deontológica buscando formar recursos humanos en antropología social en términos de usar el "conocimiento antropológico sobre los cambios sociales y desarrollo para servir de base para planeadores sociales". Posteriormente, Foster avaló antropológicamente la búsqueda de aplicación de la antropología, aprovechando que la sociedad de antropología aplicada fue creada como un efecto de la guerra, lo cual hizo que los antropólogos esta-

dounidenses buscasen una toma de consciencia acerca de dichas posibilidades (Foster, 1989: 120).

La revista *América Indígena* publicó artículos que surgían de la polémica sobre antropología aplicada escritos por Steward (1941, 1943), Collier (1941), Tax (1942) y Redfield (1943). Collier era un antropólogo que no actuaba propiamente en el campo universitario, pero asumió la posición de director del *Bureau of Indian Affairs* (BIA), una oficina encargada de la política indigenista de Estados Unidos. En dicho país, tal organismo era entendido como una agencia de diplomacia interna que lidiaba con cuestiones prácticas y trataba de actuar como una instancia de legitimación de la política indígena. Tax (1959) defendía la idea de considerar la política indígena en términos de hechos que estaban aconteciendo en el presente, dejando a un lado interpretaciones del pasado; estaba preocupado por identificar la diferencia entre los indios y los antropólogos en los proyectos de antropología de la acción. En cambio, para Redfield un problema de primer orden era el compromiso de los antropólogos con el organismo federal encargado del indigenismo de estado en México. Steward expuso en su artículo algunas divergencias de fondo con sus interlocutores: los presentó como activistas, apuntando en sus textos aspectos considerados como una contradicción potencial entre los papeles del científico y del ciudadano. En la identificación de la Antropología Social con Ciencias Naturales, Steward juzgaba que la antropología aplicada debía fundamentarse prioritariamente en generalizaciones científicas, disociando los procedimientos heurísticos de la postura ética. Bajo el pretexto de abstraer los compromisos morales, consideró una justificativa para ignorarlos en el ámbito de procedimientos académicos. Mientras Steward y sus interlocutores discutían sobre las aplicaciones de la antropología, en sus estudios de campo consideraban heurísticamente a las comunidades indígenas como unidades de análisis en un supuesto estado de relativo aislamiento frente a los mercados y frente a la sociedad envolvente. No obstante, es posible considerar como demasiado tenue la línea divisoria entre ética y política. La propia idea de la "neutralidad académica" entra en contradicción con los principios éticos y de humildad cognoscente que estaban en el centro de la propuesta de antropología de la acción concebida por Sol Tax.

Trayectorias

Las trayectorias de los investigadores se constituyen en el campo científico internacional atravesado por disputas políticas. En el caso de la creación del ISA en la Segunda Guerra Mundial y en el preámbulo de la Guerra Fría, se trataba de una situación de disputa en el campo americanista, en el cual los americanos trataban de suplantar a los europeos. Tal campo articulaba las trayectorias de los investigadores estadounidenses, que aun cuando visualizaban una carrera académica universitaria, participaban de políticas públicas posibilitadas por la expansión de la frontera de Estados Unidos hacia América Latina, tanto por los recursos originales del Departamento de Estado, como de las agencias filantrópicas. Posteriormente estos profesores ocuparon posiciones destacadas en importantes centros universitarios de Estados Unidos.

A la par de las grandes barreras constituidas desde la historia colonial, de las que surgió un inmenso abismo en las fronteras entre los dos países, la relativa proximidad geográfica y la afinidad con el discurso americanista llevó a que muchos mexicanos buscaran una formación académica en Estados Unidos. Cabe mencionar que en el caso de Brasil, debido a la influencia europea configurada desde la transferencia de la familia real portuguesa y de las primeras expediciones científicas, así como la consolidación de los proyectos académicos, la aproximación con Estados Unidos fue posterior.

Steward actuaba como difusor de un *ethos* americanista tratando de persuadir a sus colegas latinoamericanos a seguir el modelo de la moralidad académica, esto lo intentaba lograr por medio de la disciplina mental en términos de planes reguladores de patrones de productividad de los centros universitarios de los Estados Unidos. Esta "americanización" llegaría a "exigir un determinado ambiente, una determinada estructura social" (Gramsci, 1976: 388). Aun considerando las diferencias del modelo fordista pautado por cálculos económicos mediante los cuales la mecanización de la producción resultaría en bienestar social, el americanismo científico implicaba un determinado tipo de coerción moral difícil de ser asimilado en los medios intelectuales de América Latina, toda vez que estaba en cuestión la creación de un espacio académico disciplinado y racionalizado de acuerdo a la producción y el trabajo basados en un patrón sajón exógeno, todo ello a pesar de la existencia de formaciones sociales marcadas por las relaciones personales enraizadas en culturas locales y

regionales, muchas veces pautadas por los dictámenes de las oligarquías. Añádase a esto el factor étnico, considerando que los antropólogos nacionales se involucraban en investigaciones con grupos indígenas específicos, sintonizaban con sus modos de vida, mismos que eran percibidos etnocéntricamente y silenciados por el discurso hegemónico. Funciones productivistas acarrear la demanda de cantidad en detrimento de la calidad, es lo que ocurrió, por ejemplo, a través de los planes de producción en serie de plazos científicos, aunque financiados a través de “dinero vivo” sujeto a reglas estrictas de empeño.

El ISA en Brasil

Una reacción manifiesta al modelo propuesto por Steward se registró en el rechazo de Heloisa Alberto Torres a crear el ISA en el Museo Nacional (Faulhaber, 2011). Como directora de esta institución se empeñaba en promover la Misión Científica del Museo Nacional en términos de legitimación científica de las investigaciones en ciencias naturales y antropológicas, cuyos resultados, según creía, deberían ser sustentados en investigación de campo (Domínguez, 2010). En su condición de directora del museo, promovió colaboraciones diligentes con instituciones como el Museo Paraense Emilio Goeldi; la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de Sao Paulo; el Servicio de Protección al Indio; el Departamento de Zoología del Estado de Sao Paulo; la división de Caza y Pesca, el Jardín Botánico de Río de Janeiro, y el Servicio de Protección de Peces y Animales Silvestres del Estado de Sao Paulo. Además, en los cambios de influencia europea hacia la estadounidense, mantuvo intercambios con instituciones estadounidenses como *Rockefeller Foundation*, *Carnegie Foundation*, *Committee for Artistic and Intellectual Relations with Latin America*, *Columbia University of Michigan*, *The United States National Museum*, *Chicago Museum*, *Buffalo Museum of Science*, y la *Stanford University*, conforme ha quedado asentado en su memorial de 1945 (*apud*. Lisboa, 2004: 121).

Heloisa mantuvo correspondencia con Franz Boas y Ruth Benedict, articulando un acuerdo informal de cooperación con la Universidad de Columbia. La correspondencia de Boas con Heloisa Alberto Torres muestra que Boas le recomendó una serie de investigadores de carrera que viajaban al Brasil para realizar investigaciones de campo. Charles Wagley, Ruth Landes y William Lipkind hicieron investigaciones para sus tesis de doctorado en el contexto de

estas interacciones. Boas comparaba el entrenamiento académico de alguno de ellos: lamentaba que Charles Wagley no estudiara lingüística, mencionó Nimuedaju, afirmando que “evidentemente, él era un excelente estudiante de etnología, aun cuando le faltase entrenamiento lingüístico” (*Boas professional papers*; 20 de enero de 1940). Escribió aun en esa misma carta a Heloisa que él creía que para dotar a los jóvenes estudiantes brasileños del mejor aprendizaje posible, debería elegirse a algún profesor con largo dominio de métodos en la disciplina y que los estudios lingüísticos eran indispensables al conocimiento de etnología (*Boas professional papers*; 11 de abril de 1941). Boas mostró en esa carta su intención de convencer a su interlocutora sobre la importancia de recibir como profesor en el Museo Nacional al etnólogo norteamericano William Lipkind, quien en 1938 hiciera investigación antropológica con autorización del Consejo de Fiscalización de las Expediciones Científicas y Artísticas Nacionales (CFE, T2: 105). Sin embargo, Heloisa no aceptó los argumentos de la necesidad de capacitación lingüística, mostrando su convicción de que tal entrenamiento no sería necesario para resolver los problemas concernientes a las “zonas de contacto” caracterizadas en trabajos de campo por investigadores que ella consideraba de su confianza, como Nimuedaju. Heloisa fue duramente criticada por Ruth Landes (Cole, 2003), quien alegaba que la razón de la antipatía por Lipkind era por ser judío, y que estaba en dificultades para ser aceptado debido al antisemitismo reinante en Brasil, el cual doña Heloisa “no quería enfrentar” (Corrêa, 2008: 33). Landes insinuó la sospecha de que como directora del Museo, Doña Heloisa no quería enfrentarse con sectores de las elites brasileñas simpatizantes con el nazismo. El mismo día, Heloisa reiteró un mensaje dirigido a Boas (en una carta del 2 de enero de 1941) al presidente de la Fundación Guggenheim, en el cual descartó definitivamente la presencia de Lipkind en el Museo Nacional. Justificó su rechazo en que innumerables veces demostró no estar interesado en cooperar con el Museo Nacional, nunca le había enviado el informe de su misión. Heloisa se refirió además al espíritu crítico de los alumnos quienes rechazaban su comportamiento de superioridad (Corrêa y Melo, 2008: 212). Lipkind trabajaba para el *Office of War Information*, junto con otros antropólogos de la Escuela de “Personalidad y Cultura” que actuaba en el Oriente (Price, 2008: 172). Heloisa prefería a Wagley por considerarlo con mayor sensibilidad para lidiar con las relaciones de poder abiertas en el trabajo de campo y con la interacción cotidiana entre profesores y estudiantes en el Museo Nacional; asimismo, los estudiantes no veían a Lipkind con buenos ojos,

en cambio tenían mucha simpatía por Wagley. Finalmente, Heloisa consiguió que Boas apoyase la actuación de Wagley con una beca de la Guggenheim.

En diciembre de 1942, Steward visitó Brasil para establecer contactos que viabilizaran sus proyectos en la *Smithsonian Institution* (SI). Además de conocer a representantes de instituciones brasileñas con miras a instalar una oficina del ISA en una de ellas, deseaba entrar en contacto directo con autoridades académicas para plantear su participación en el *Handbook of South American Indians*. En Belem encontró a Curt Nimuendaju que trabajaba como colaborador de Robert Lowie con recursos del Instituto de Investigación Social de la Universidad de California, en Berkeley, desde 1932. Steward adquirió, con recursos de la *Rockefeller Foundation*, el famoso mapa etnohistórico producido por el etnógrafo alemán naturalizado brasileño. También encontró a Charles Wagley junto con aquellos a quienes Steward consideró sus colaboradores brasileños en investigación de campo en Pará, entre ellos a Eduardo Galvao, que más tarde iría a estudiar con Wagley y Steward en la Universidad de Columbia. En Rio de Janeiro tuvo encuentros de trabajo con Heloisa Alberto Torres, Arthur Ramos y Roquete Pinto. En Sao Paulo estuvo con Donald Pierson, Herbert Baldus y Radcliffe Brown. En carta del 9 de julio de 1942 dirigida a Robert Lowie, Steward menciona con ironía: "Parece que a Inglaterra le gustaría ver un poco de vida nueva en su antropología colonial. El error británico ciertamente ha sido una laguna antropológica en alto grado, aunque sea difícil afirmar si la falta reside en los antropólogos o en los administradores".³ Los intereses de Steward se vuelcan no solamente a los vínculos de la antropología británica con la administración colonial, sino también a las disputas de poder entre los profesionales que él contactó en los centros de investigación del sur de Brasil.

Wagley recomendó vigorosamente a Steward establecer la oficina del ISA en el Museo Nacional, el cual tenía más tradición en investigación de campo antropológico que la ELSP.⁴ Con esta perspectiva, influyó en la formación de antropólogos profesionales como Curt Nimuendaju, Eduardo Galvao y Luis de

³ Carta depositada en el *dossier* del Instituto of Social Research/National/Anthropological Archives/Smithsonian Institution, o resumiendo, ISA/NAA/SI

⁴ Carta a Steward del 5 de octubre de 1942 depositada en la NAA, en la que se menciona explícitamente a la directora del Museo Nacional, Heloisa Alberto Torres (Doña Heloisa), quien desde los primeros tiempos de su trayectoria profesional, influida por Roquette Pinto, apoyó las investigaciones de campo.

Castro Faria (Castro Faria, 1978; Correa, 1997). Wagley mantenía fuertes lazos de amistad con Heloisa mostrados en copiosa correspondencia. En sus cartas cariñosas dirigidas a él, la antropóloga demuestra varias veces que consideraba como "cuestión cerrada" cualquier plan de los antropólogos de Estados Unidos en Brasil, ya que tendrían que enfrentarse con el Museo Nacional (Correa y Melo, 2008: 208). El Museo Nacional era considerado un centro importante de antropología relacionada con los centros de antropología estadounidense; registraba una colaboración anterior con la Universidad de Columbia, a través de la cual Wagley había dictado un curso apoyado por la Fundación Guggenheim. La principal argumentación de Wagley para demostrar su pacto de lealtad con Heloisa y con el Museo Nacional, aludía a la característica de la Fundación Escuela de Sociología y Política de Sao Paulo (FESPSP), como el propio nombre lo dice, la de ser un nicho más propiamente sociológico y politológico, dictando disciplinas en las cuales ya había un campo de actuación para las ciencias sociales de Estados Unidos, cuya influencia en la época aún era menos expresiva frente a las europeas (Massi, 1989). A *grosso modo*, se propendía más a la formación de sociólogos profesionales que a la de antropólogos con experiencia en investigación de campo. Steward reconocía que el currículo de la escuela era muy conservador e imponía un programa de estudio detestable.

Steward atendió la sugerencia de Wagley: además de haber invitado a Heloisa Alberto Torres para producir una nota de no más de 3 000 palabras para el *Handbook* sobre arqueología de Marajó —en carta del 11 de octubre de 1942— le propuso su colaboración en la creación del deseado instituto. La idea era enviar a un grupo de investigadores americanos al Museo Nacional, que estaría formado por un lingüista, un geógrafo humano o antropólogo físico para instalarse en un espacio para la enseñanza y en un laboratorio para investigación, todo ello si se disponía de los fondos necesarios. En carta del 1 de diciembre de 1942, Donald Pierson escribió a Steward expresando las razones por las que consideraba que la ELSP era el lugar más propicio para la instalación del ISA, así como las características que veía como negativas de la Universidad de Río, del Museo Nacional, de Roquette Pinto y de Heloisa Alberto Torres, resaltando, que por las características personales de esta última, ella no era muy bien vista en Sao Paulo. Heloisa demoró algunos meses para responder a la propuesta de Steward, pero cuando lo hizo planteó una vehemente negativa.

En carta del 19 de abril de 1944⁵ afirmaba que: “la llegada de un equipo entero de científicos a mi aldea en tal tiempo [de guerra] podría causar la misma confusión de la instalación de un grupo grande de investigadores en una tribu indígena no acostumbrada a lidiar con extranjeros”. Reiteraba su interés en la colaboración con un único antropólogo. Ya había manifestado, junto con Boas y la Guggenheim, su predilección por Wagley, tanto por sus contribuciones antropológicas como por sus cualidades personales.

Junto a la negativa de Heloisa Alberto Torres está su constatación del carácter desproporcionado de las relaciones propuestas, caracterizadas por la asimetría en una correlación de fuerzas, así como por la disimetría entre los medios institucionales y científicos acumulados por instituciones de los dos países. Steward manifestaba interés de que sus colegas y coterráneos estudiaran en Brasil, pero no ofrecía en contrapartida condiciones para que los brasileños estudiaran o hicieran investigaciones en Estados Unidos, asimetría que Wagley contribuyó a romper cuando, valiéndose de la “política de la buena vecindad” con aquel país, logró que Eduardo Galvao fuese a estudiar en Columbia. La preocupación de Wagley en entrenar a los estudiantes brasileños en Antropología, antes y durante su vida en el campo, parece un esfuerzo singular en construir vínculos horizontales con el Brasil. A pesar del interés de Estados Unidos durante la guerra en cooperar con países de América del Sur, de ningún modo se puede afirmar que ésta haya sido la regla en Brasil y en México.

Según la interpretación de George Foster (1989), varios factores influyeron la concepción de Steward sobre el ISA. Uno de ellos fue la impresión causada durante su viaje al Brasil, cuando entró en contacto con el trabajo en la Escuela Libre de Sociología Política, liderado por Cyro Berlink. Allí encontró un Departamento de Sociología y Antropología recientemente creado, así como una división de posgraduación con la colaboración de profesores extranjeros como Donald Pierson, A. R. Radcliffe Brown y T. Lynn Smith. Pierson, quien se destacó por su larga permanencia en una institución latinoamericana (Correa 1978), ya había pasado muchos años en la Escuela, antecediendo a Wagley en sus interacciones con Brasil. Steward quedó impresionado con los beneficios derivados de un esfuerzo continuado, en contraste con el patrón usual de estadía de apenas un año de intercambio. En palabras de Foster (1989), la buena

⁵ ISA/NAA/SI, traducida para el portugués, publicada en Correa y Melo, 2008: 438.

impresión de Steward con tal interacción le inspiró “la idea de series de clones de Pierson”, que pudiesen impartir “ciencia behaviorista” en Universidades y centros de posgraduación en América Latina (Foster, 1989: 123). Es posible que los esfuerzos colaborativos de Rowe en Cusco hayan también impresionado a Steward. Siendo así, la invitación de Steward a Doña Heloisa pareció estar motivada más por cuestiones políticas y por su aprecio a Wagley. De hecho, Steward tenía en mente la formalización del apoyo de Donald Pierson —como pudo efectivamente hacerlo después de la negativa de Heloisa— ya que lo consideraba un ejemplo a seguir dada su actuación en la ELSA.

Pero el rechazo de Heloisa Alberto Torres fue episódico, pues de manera general los científicos nominados por el ISA fueron también aceptados en las instituciones de América Latina. El rechazo por parte del Museo Nacional y la preferencia por la ELSA generó un *impasse*: de hecho parecía extraño a un instituto colaborativo denominado como de Antropología Social, inmediatamente después de tal rechazo. Ese *impasse* causó un hiato en la documentación del ISA con relación al Brasil; periodo documentado en copiosa correspondencia entre Wagley, inicialmente trabajando con una beca Guggenheim y después como funcionario del Servicio Especial de Salud Pública (SESP) en Belén y con Heloisa (Corrêa y Melo, 2008). De esta manera, al año siguiente no se encontraron documentos sobre el ISA en Brasil en los archivos del Smithsonian, los hechos concretos de cooperación latinoamericana después de la fundación del ISA remiten inmediatamente hacia México.

El ISA en México

En 1943, después de más o menos dos años de enseñanza posdoctoral en Siracusa, Los Ángeles y Berkeley, Foster fue contratado como analista del *Instituto of American Affairs* en Washington, teniendo oportunidad de observar desde adentro cómo la clasificación social funcionaba en la burocracia, lo que vino a analizar más detenidamente muchos años después cuando habló sobre su experiencia institucional en el área de antropología de la salud pública (Foster, 1987).

La inadaptabilidad al modelo de “bienestar académico” se hizo notar cuando la burocracia dificultó el trabajo de George Foster, forzado a compartir la oficina con el entonces director de la Escuela de antropología, Daniel F. Rubín de

la Borbolla. Foster y Donald Brand (quien representó al instituto como geógrafo cultural) se sintieron cercenados una vez que los derechos de ambas partes eran detallados en el convenio, que especificaba que debería instalarse una oficina para profesores visitantes estadounidenses. Mientras tanto, cuando percibieron que no había espacio disponible específicamente para ellos, entendieron que se trataba de una traba burocrática mexicana (Foster, 1989: 125). La tolerancia de Foster con la precariedad de una situación aparentemente irracional y contradictoria con lo que había sido firmado como acuerdo, denota su entendimiento sobre la necesidad de compartir la escasez en vez de la ruptura que hubiera minado la cooperación. Podemos ver en su "buena voluntad" en la interacción con la mentalidad local, una disposición para llevar adelante el trabajo de implantar el ISA, así como crear condiciones para realizar investigación de campo. Tal disposición denota una sensibilidad especial en tiempos de guerra, a modo de compartir bienes escasos, como el espacio de trabajo, en el sentido de crear una alternativa al *ethos* americanista que apuntaba a crear una situación de bienestar para los científicos en una situación institucional de carencia de condiciones especiales de trabajo para el conjunto de los investigadores.

Foster afirmó que esperaba de la antropología mexicana una contribución mayor que meros investigadores de campo. Durante su estadía para la investigación del doctorado cultivó amistad con muchos de sus colaboradores en la escuela, como Wigberto Jiménez Moreno, Alfonso Caso y Miguel Covarrubias. Para Foster, estos antropólogos buscaban construir un *ethos* fundamentado por el nacionalismo, veían la antigüedad arqueológica como un elemento a ser accionado en la lucha para identificarse a sí mismos como un grupo distinto de otros grupos. El orgullo de los antepasados sirve como una forma de construir la identidad con base en la evidencia física de la grandeza pasada de los mayas, los aztecas y los toltecas; reconociendo esto, el gobierno mexicano incentivó la arqueología incluso desde el siglo XIX.

Los mencionados antropólogos dedicaron la mitad de cada año a la enseñanza de la Antropología, y la otra mitad a la supervisión de la investigación de campo que realizaba un equipo en las aldeas tarascas en Michoacán. El equipo de campo estaba formado por estudiantes de México, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, Francia, Canadá y Estados Unidos. La escuela publicó muchos trabajos académicos de sus estudiantes y profesores; en un artículo para un número temático del Anuario Indigenista sobre la Reunión para la Integración

de enseñanza con las investigaciones antropológicas, Foster (1967) expuso en forma exploratoria, problemas éticos y profesionales de la investigación y la preparación profesional de los antropólogos en referencia a la Filosofía, funcionamiento, modo de operación y resultados del ISA. Recuerda que la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología fue establecida en México con la colaboración de las universidades de Columbia, Harvard, Pennsylvania y Berlín, además de la *Spanish Society of America*, el Museo Nacional de México y otras instituciones mexicanas. Entre los investigadores extranjeros en México, cita a Franz Boas (1911-1912), Edward Seler, Alfred Tozzer y J. Alden Mason. Durante el establecimiento del ISA, trabajaron en México profesores de la Universidad de Chicago como Sol Tax, quien enseñó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y se involucró en investigaciones de campo en Chiapas con estudiantes latinoamericanos.

Para el año fiscal de 1944, se dispusieron US \$60 000 para la operacionalización del instituto, transfiriéndose fondos del Departamento de Estado para ese fin. El ISA mantuvo su sede en Washington para el planeamiento general, dirección y orientación de los proyectos de campo. Julian Steward renunció al cargo de director del ISA en septiembre de 1946, cuando pasó a ejercer la función de profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia. Su sucesor fue George Foster, que fue sustituido en su posición de coordinación del ISA en México por Isabel Kelly, lugar que había ocupado de julio de 1946 a diciembre de 1952. La dimensión ética del tratamiento dado a los legados de investigación de Foster y Kelly para las instituciones mexicanas es expuesta en Kemper (2007a), Kemper y Royce (2007b).

Foster (1989) afirma que cuando llegó a México en 1940 con el fin de realizar su investigación de campo para su doctorado no estaba politizado, apenas quería aprender español. Sin embargo interactuó con intelectuales como Antonio Caso, un filósofo hermano del arqueólogo Alfonso Caso, y frecuentó las reuniones mensuales de la Sociedad Mexicana de Antropología. Entre los antropólogos mexicanos que conoció menciona a Jiménez Moreno, quien trató, en los años 1920, temas relacionados con los límites culturales, con la afinidad cultural como un trazo distintivo de la cultura mesoamericana, los cuales fueron la base para los estudios de área desarrollados en los años 1940. De acuerdo con Foster (1989), el arqueólogo Alfonso Caso desempeñó un papel de fundamental importancia en el sentido de instrumentalizar la antropología para la funda-

ción del Instituto Indigenista Interamericano en México, imprimiéndole una connotación muy diferente de la visión que los estadounidenses tenían de sus indios (Foster, 1989: 87).

Manuel Gamio (1883-1960) estudió de 1909 a 1911 en la Universidad de Columbia en el campo de la Arqueología bajo la orientación de Franz Boas, siendo el primer investigador latinoamericano en doctorarse en la carrera de Antropología en Estados Unidos; Gamio fue Director de la Escuela Internacional de Antropología y Etnología Americana (1916-1920); director de antropología de la Secretaría de Agricultura de México (1917-1924) y director del Instituto Indigenista Interamericano (1942-1960). Andrés Molina Enríquez, como jefe del Departamento de Etnología del Museo de Antropología e Historia de México promovió la idea de etnología aplicada. Los antropólogos mexicanos, que colocaban los problemas indígenas en la cima de la construcción nacional mexicana, aún eran considerados más como informantes que como propiamente interlocutores, aunque hubieran sido citados en los trabajos de la *Smithsonian Institution* (SI). En la página de la SI donde está disponible la información del inventario sobre el legado Olmeca —promovido por la SI, bajo el liderazgo de Philip Ducker, Robert Heizer y Matthew Stirling—, los estudios sobre arqueología y cultura Olmeca presentados por Alfonso Caso (1942) y Miguel Covarrubias (1942) en la Mesa Redonda sobre Problemas Arqueológicos de México y Centroamérica, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, son apenas mencionados como corroboraciones de las investigaciones de los estadounidenses.

Como intelectuales que participaban de la construcción nacional en México, los arqueólogos valoraban las raíces indígenas. A pesar de estar dificultados por la “jaula de acero” de la burocracia creada por el Estado nacionalista, e influidos por paradigmas contruidos en otra parte, como el evolucionismo cultural y el funcionalismo, estos profesionales minimizaron las diferencias radicales entre las elites y los diferentes pueblos indígenas que continuaban siendo expropiados de sus medios de producción y relegados de los procesos políticos de decisión (Caso, 1953; España, 1987: 270-271; Téllez, 1987:301, *apud* Patterson 1995, 1955: 310).

El involucramiento político de los antropólogos mexicanos no era fácilmente asimilado por el código de valores de la cúpula de Washington. Castañeda (2005) examina cómo la máquina de obtención de información funcionó en la *Carnegie Institution of Washington* (CIW), inicialmente una institución filantrópica no gubernamental, que en los años cuarenta se colocó al servicio del

gobierno de Estados Unidos para financiar investigaciones tratando de obtener conocimiento detallado sobre las acciones de arqueólogos activistas del indigenismo mexicano que, siguiendo las concepciones de Gamio, consideraban que la ciencia debería promover la ciudadanía y la valoración positiva de la nacionalidad. El autor de *Forjando patria* colocaba la investigación al servicio de la intervención revolucionaria. Manifestó una posición contraria a la visión de la ciencia como instrumento de control social logrado a través de las estadísticas de la vigilancia y de la adecuación política de las instituciones a las metas del gobierno (Castañeda, 2005: 37). Las acciones conjuntas para el “esfuerzo de guerra” partieron desde dentro de la CIW, en la orquestación de la investigación militar industrial con base en la interacción entre militares, científicos, hombres de negocio y dirigentes gubernamentales en la formación de un sistema de espionaje, tratando de identificar acciones consideradas peligrosas para la consecución de programas de productividad necesarios a los objetivos hegemónicos de Estados Unidos. Foster no podía dejar de saber cómo tal vigilancia se establecía. Aunque se negara a participar directamente de las acciones de espionaje, se evidencian las dubitaciones de su posición, al mismo tiempo que se pretendía “apolítico”, necesitaba “lavarse las manos” para mantenerse en el cargo de director de una institución concebida para ejercer directrices gubernamentales y programas de investigación en México.

La creación de oficinas del ISA en Brasil y en México fue atravesada por asimetrías entre “Vecinos del norte angloamericano, y sus vecinos de la América hispánica en México y de la América luso-brasileña en Brasil”. Aunque desde la independencia del Brasil, Estados Unidos se haya posicionado como aliado potencial, los científicos del país continuaron amoldándose según los patrones europeos. Los estudios antropológicos promovidos por Roquette Pinto y Heloisa Alberto Torres incentivaron la investigación de campo y la formación de nuevos antropólogos en el Museo Nacional. En la interacción con los mentores de Estados Unidos, los investigadores brasileños actuaron como representantes de investigaciones estadounidenses, cuyos resultados se mostraban promisorios desde el punto de vista de la Antropología Social. Tales interacciones se pausaron por la jerarquía científica, al tiempo que los brasileños actuaban como fiscales que representaban los intereses brasileños en las expediciones científicas de investigadores extranjeros, defendían valores nacionales y fueron vistos como representantes de un estado autoritario y elitista. Los investigadores angloamericanos involucrados en los proyectos de colaboración internacional

veían a sus aliados sudamericanos como inmersos en la construcción nacional, reclutados para el servicio del estado. No obstante, éstos se veían aprisionados (como ya se mencionó) en lo que llamaban "la jaula de acero" de la burocracia del estado, en sociedades atravesadas por relaciones patriarcales.

Las relaciones internacionales en el contexto de la fundación del ISA fueron constituidas en un momento posterior a las situaciones coloniales en el sentido clásico, pero persistía el paternalismo y la división intelectual entre el trabajo de campo y de gabinete que traspasaban la cooperación científica entre instituciones estadounidenses como la Smithsonian y centros de investigación recién formados en países latinoamericanos como Brasil y México. Pero después de estas experiencias de investigaciones en tierra extranjera pudieron también ver con otros ojos sus disputas y sus propios vínculos institucionales en las posiciones académicas lanzadas durante la Guerra Fría. En el sur y en el norte, siendo o no científico, se mezclan emoción y racionalidad; de modo semejante, los científicos sociales brasileños y mexicanos se involucraron con motivaciones políticas de los discursos nacionalistas.

Las investigaciones de entonces al ser dirigidas desde dentro de una máquina de ingeniería científica que articulaba funciones técnicas, utilitarias y políticas, tratando de buscar la aplicabilidad de la ciencia. Esto no impidió que los antropólogos se colocasen en aquellos tiempos sombríos, principios morales y éticos. Aunque no discutidos de modo sistemático, los dilemas vividos por los antropólogos en los preámbulos de la guerra fría, mostraban la sobrevivencia de las tesis boasianas del relativismo y la diferencia cultural. El campo científico, inseparable del ámbito político, mostró la relatividad de las demandas de autonomía del campo intelectual en el establecimiento de estrategias de introyección de las jerarquías. En el despertar de la Guerra Fría se evidenciaron los usos sociales de la ciencia.

La contribución de la crítica cultural en la investigación y la transmisión de conocimientos

La legitimación académica en antropología pasa por el ritual de la investigación de campo articulado a la formación teórica. Las carreras de los investigadores estadounidenses enfocados por el presente trabajo fue un ejemplo de esta conjunción; una vez formados en cursos de posgraduación universitaria, desarro-

llaron proyectos de investigación articulados a políticas públicas y a partir de sus experiencias etnográficas en los países del tercer mundo construyeron un reconocimiento científico para su carrera universitaria tornándose en profesores renombrados. Las presiones políticas e institucionales en México y Brasil dificultaron las trayectorias de sus investigadores, éstos no fueron reconocidos como iguales a sus colegas estadounidenses, en términos de su producción científica, no obstante, su consagración científica pasó igualmente por los caminos académicos y por las instancias de trabajo de campo junto a sujetos de investigación que fueron excluidos de los procesos de consagración institucional. La generalización del ingreso de estudiantes indígenas en el sistema educacional en Brasil es un hecho reciente que requiere de un examen sistemático aún no realizado cabalmente.

A partir de la década de 1960, con la constatación de lo inevitable sobre los sujetos colonizados quienes internalizan las prácticas coloniales, pasa ahora a focalizarse el "colonialismo interno" (González, 1963, *apud* Cardoso de Oliveira, 1978). El fortalecimiento de instituciones universitarias en cuanto cuna para la investigación académica en Estados Unidos, Brasil y México, permitió la discusión de tales nociones a los ojos de la teoría crítica, así como la relativización de referencias dominantes desde el punto de vista de la hermenéutica y la reflexividad antropológica, esto ocurrió de manera significativa a partir de la década de 1980. Tal giro crítico e interpretativo llevó a relativizar el colonialismo, las "áreas culturales", la reflexividad sociológica, los "informantes" y la propia autoría antropológica. En ese entonces se verificó el impacto de un entrecruzamiento de la antropología, la historia cultural y la teoría literaria. El "Oriente" como alteridad de la mentalidad eurocéntrica pasó a ser vista de otra manera desde el punto de vista de las Américas, espacio donde las disputas por el dominio en el campo científico se configuraban como dinámicas constituidas a partir de "Occidente". El propio indigenismo es una forma de ver análoga al "orientalismo" (Ramos, 1998), a pesar de que, como en el caso de la amazonia, los indios están al occidente de los centros europeos de producción de conocimiento. Más allá de los abordajes económicos sobre la explotación de los recursos naturales de las colonias por las metrópolis, se trataba de considerar las culturas nacionales como entidades étnicamente diferenciadas. Para consolidar una posición dominante, las metrópolis se construían a sí mismas como "centrales", considerando a las otras como "periféricas", "atrasadas" o "semicivilizadas". Tales categorizaciones extrapolan los meros modelos binarios de

oposición clasificatoria, envolviendo la construcción de diferencias regionales, raciales y étnicas, a partir de imputaciones de jerarquías con base en modelos biológicos (Weinstein, 2008).

Tratando de escudriñar la última cuestión, cabe destacar que el giro crítico hermenéutico y reflexivo implica la búsqueda de alternativas de transmisión de conocimiento que no sean condicionadas por el modelo de inculcación de valores, control y adaptación social. Al contrario, la hermenéutica muestra que los métodos científicos sirven como camisas de fuerza y que la enseñanza de la antropología debe incentivar ejercicios de reflexión crítica, reformulación de esquemas teóricos y prácticos, y que la investigación de campo y la etnografía pueden servir para la realimentación de los campos teóricos.

La antropología interpretativa pasó a ser considerada sistemáticamente en la disciplina a partir del trabajo de Clifford (1973). La crítica cultural siguió la propuesta inicial de la adopción de la incorporación de la Hermenéutica por la Antropología. Antes de tomar por objeto la fundación de nuevos paradigmas, la instancia privilegiada de tal crítica es la crítica etnográfica (Clifford y Marcus, 1986). Cardoso de Oliveira (1998) hace notar el "injerto hermenéutico" que se verifica en los paradigmas de las diferentes escuelas de antropología a partir de la crisis de los modelos explicativos en esta disciplina, no obstante, cabe explicitar sus diferencias. El papel de la teoría en la crítica del posicionamiento del investigador en la etnografía y las complicidades que se puede circunstancialmente asumir, remontan al paradigma racionalista ejemplificado por Lévi Strauss, al empirismo funcionalista de Evans Pritchard, al abordaje cultural e histórico de Franz Boas. La teoría crítica —sin negar la importancia de esos autores, tanto como sus usos en la etnografía y el análisis antropológico— muestra que, dependiendo del abordaje y de la situación, el carácter canónico de tales influencias pierde el sentido o puede adquirir nuevos usos o significados.

La teoría crítica en la Antropología lleva a relativizar nociones como "áreas culturales", "regiones" e "informantes antropológicos". Para la crítica cultural en antropología, se trata de aplicar el extrañamiento hacia la propia reflexividad sociológica en el sentido de mostrar la especificidad de los procedimientos orientados por la reflexión antropológica.

Con el transcurrir del tiempo, se pudo observar que las situaciones investigadas, lejos de desenvolverse en comunidades aisladas y cerradas, se insertaban en procesos históricos de integración de mercados caracterizados por la dife-

renciación social (Faulhaber, 1983). A la discusión de área cultural se articula la crítica del concepto de comunidad constituida por valores, identidad y cultura compartidos, reconocidos por medio de la etnografía para definir un trama de referencia en determinada localidad, integrando relaciones sociales y ecología en la materialidad de un contexto socioambiental específico (Barth, 1992).

Siguiendo la ruta de Bourdieu (1976), se trata de examinar lo que está por detrás de las luchas de clasificación que producen mal entendidos. Para Bourdieu, los individuos son sustituidos por la ilusión del sujeto que produce "mecanismos de dominación simbólica, correlatos a la unificación del mercado de bienes económicos y culturales" (Bourdieu, 1976: 126). Algo análogo ocurre con las nociones de área cultural y región como comunidades imaginadas que son producto de una determinada arbitrariedad cultural que confiere sentido a las interpretaciones discursivas.

La reflexividad en Antropología pasa por la intertextualidad y por la intersubjetividad, considera la capacidad de crítica cultural de los sujetos implicados en las interacciones sociales (Ortner, 2007). Cabe a la investigación identificar relaciones substantivas entre subjetividad y poder, constituyentes de papeles sociales. La producción de la identidad de la persona, del grupo, de la etnicidad o de la propia nacionalidad ocurre simultáneamente en varios lugares de actividad, con relación a distintos agentes y diversos propósitos. Los procesos de modernización e innovación tecnológica y la interacción con medios de comunicación electrónicos contribuyen a la diversificación de los papeles asumidos por los actores sociales. De acuerdo con Marcus (1992), la Etnografía "transforma la concepción realista de la historia toda vez que expresa, asimismo determina la construcción de identidades personales y colectivas en un lugar estudiado, lo que es sinónimo de la propia construcción identitaria" (Marcus, 1992: 317). Cada proyecto coloca entonces un eje que lleva a la elección de un determinado discurso o determinada identidad, en una reflexión sobre las referencias del etnógrafo y los contextos observados. El análisis discursivo considera el campo jurídico en el cual se construyen los movimientos sociales y étnicos.

La Etnografía multisituada también desmonta la idea de "informante" problematizando las relaciones de "complicidad" (Marcus, 1987) con actores vinculados a prácticas preestablecidas y con el propio colonialismo en el cual las teorías antropológicas se constituyeron tomando explicaciones de otras partes, diferentes a lo observado en encuentros etnográficos de duración más

corta o más larga. Los compromisos mutuos crean la convicción de fusión de horizontes entre los antropólogos y nativos, que puede ser un poco más de lo que una ficción, una ilusión justificadora de discursos ideológicos que traspasan también los encuentros etnográficos y producen discursos ilícitos en lugar de prácticas socialmente aceptadas y que vienen a consagrar y naturalizar más-caras sociales.

El campo educacional es un sistema de interdependencias entre actores sociales donde se desencadenan luchas que implican movimientos de conservación o transformación (Bourdieu, 1982). El sujeto internaliza las estructuras exteriores, que forman un *habitus*, entendido como un sistema de disposiciones permanentes que conducen sus modos de pensar, actuar y sentir de acuerdo con las limitaciones estructuralmente dadas. Aun cuando sean ofrecidas opciones de discernimiento, ellas se encuentran organizadas en un sistema restrictivo que encuadra las acciones en un espacio limitado de elecciones. Siendo así, la "agencialidad" de los sujetos es moldeada de acuerdo con sentimientos, pensamientos y significados culturalmente constituidos. Sahlins (1981) se interesa por la significancia de tales estructuras, mientras Giddens (1979, 1989) enfatiza la capacidad cognoscente de los sujetos —que implica la reflexividad social— los cuales son activos socialmente a pesar de la estructuración social de su modo de pensar y actuar. Al tomar por objeto las formaciones culturales que modelan las formas de actuar y pensar de los individuos, en el presente trabajo se considera las subjetividades, tratando de aprender los modos de "percepción, afecto, pensamiento, deseo, miedo" que animan las intenciones de sujetos actuantes y pensantes (Ortner, 2007: 376).

La capacidad de producir conocimiento no es limitada a aquellos que controlan los medios de producción (Roseberry, 1994: 45). Se articulan con proyectos nacionales que vehiculan enunciados de pertenencia históricos y sentimientos étnicos compartidos (Brulotte, 2012: 9). Aun cuando los individuos puedan apropiarse de contenidos significativos, se sirven de una matriz cultural que traspasa las conciencias individuales.

La definición antropológica de *cultura* trata de aprender la totalidad cultural y muestra cómo el proceso de integración de mercados, más allá de implicar disputas económicas materiales, envuelve signos que encubren relaciones de poder simbólico como disputa por prestigio o autoridad. Cabe examinar las respuestas, las formas de "dominación simbólica" (Bourdieu, 1996: 112) mani-

festadas por individuos o grupos de movilización, en los cuales son accionados atributos de competencia cultural como los conocimientos indígenas.

Referencias

- Barros, José d'Assunção (2007). História comparada: da contribuição de Marc Bloch à constituição de um moderno campo historiográfico, Campinas, *História Social* (13), 7-21.
- Batalla, Guillermo (1996). *Mexico Profundo. Reclaiming a Civilization*. Traducción: Philip A. Dennis. Austin: University of Texas Press.
- Bloch, M. (1928). Pour une histoire comparée des sociétés européennes. *Revue de Synthèse Historique* (6), 15-50.
- Cardoso, R. (1978). A noção de colonialismo interno na etnologia [1966] En: *Sociologia do Brasil Indígena*. Rio/Brasília: Civilização Brasileira/Tempo Brasileiro, pp. 75-82.
- Cardoso, R. (1998). A Antropologia e a "Crise" dos Modelos Explicativos. En: *O Trabalho do Antropólogo*. Brasília: Unesp/Paralelo (15), pp. 53-72.
- Des Chene, M. (1997). Locating the Past. En Gupta, A. y Ferguson, J. *Anthropological Locations: Boundaries & Grounds Field Sci: Boundaries and Grounds for a Field Science*. Berkeley: University of California Press, pp. 66-85.
- Du Bois, C. (ed.) (1960). *Lowie's Selected papers in Anthropology*. Berkeley: University of California Press.
- Chartier, R. (2012). *Autoria e História Cultural da Ciência*. Rio de Janeiro: Azougue/FAPERJ.
- Clifford, J. (1982). *Person and Myth. Maurice Leenhardt in the melanesian world*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Clifford, J. & M. George (eds.) (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- Fabian, J. (2001). Remembering the Other: Knowledge and Recognition – *Anthropology with an Attitude. Critical Essays*. Stanford, California, pp. 158-178.
- Fabian, J. (2007). On recognizing things. *Memory against Culture*. Duhan and London: Duke University Press, pp. 52-61
- Faulhaber, Priscila (1986). Tentando Uma Antropologia Operativa. *Anuário Antropológico*, 85, pp. 79-106.

- Faulhaber, Priscila (2008). Etnografia e tradução cultural em antropologia. Comparando Constant Tastevin e Curt Nimuendaju. *Bol. Mus. Para. Emilio Goeldi Cienc. Hum* [online] (3) 1, pp.15-29.
- Faulhaber, Priscila (2011). O Instituto de Antropologia Social (Estados Unidos, Brasil e México): um artefato da resposta antropológica ao 'esforço de guerra', *Revista Mana* (17), pp. 9-39, Rio de Janeiro, PPGAS.
- Faulhaber, Priscila (2012). The production of the Handbook of South American Indians Vol. 3 (1936-1948), *Revista Vibrant*, 9 (1), pp. 82-111.
- Foster, G. (1987). Bureaucratic Aspects of International Health Agencies. *Social Science and Medicine*, 9 (25), pp. 1039-1048.
- Foster, G. (1989). An Anthropologist's Life in the 20th Century: Theory and Practice at UC Berkeley, the Smithsonian, in Mexico, and with the World Health Organization. *Regional Oral History Office. Entrevistas concedidas a Suzanne Riees em 1988 e 1989*. Bancroft Library da Universidade da Califórnia em Berkeley (1989). Disponível em <http://www.archive.org/details/anthrolife00fostrich>
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*. New York: Basic
- Gonçalves, José Reginaldo Santos (2007). *Antropologia dos objetos: coleções, museus e patrimônios*. Rio: Iphan.
- González, Pablo (1963). Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo, América Latina. *Revista del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales* VI (3).
- Gramsci, Antonio (1976). *Maquiavel, a Política e o Estado Moderno*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Gramsci, Antonio (1981). *Concepção dialética da História*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Gramsci, Antonio (1982). *Os intelectuais e a organização da cultura*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Jacnis, I. (1996). The Ethnographic Object and the Object of Ethnology in the Early Career of Franz Boas. George W Stocking Jr. (ed) *Volksgeist as Method and Ethics. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition* Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 185-214.
- Kemper, R. (2007). Being a Steward of What is Left Behind: The Ethnographic Legacies of Isabel T. Kelly e George M. Foster (digit). *George Stocking Symposium on History of Anthropology*, Washington: AAA.
- Kemper, R. & Royce, Anya P. (2007). Ethical Issues for Social Anthropologists: A North American Perspective on Long-Term Research in Mexico, *Human Organization*, 56 (4): 479-483

- Kerns, V. (2003). *Scenes from the High Desert. Julian Steward's life and theory*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.
- Kuklick, H. y Kohler, R. E. (orgs.) (1996). *Introduction, Osiris: Science in the Field*, 2nd series, 11, pp. 1-14.
- Kuklick, H. (2008). Introduction. *A new history of Anthropology*. London: Blackwell, pp. 1-18.
- Lederman, L. (2008). Anthropological Regionalism, in Kuklick, Henrika, *A new history of Anthropology*, London: Blackwell, pp. 310-326.
- Lomnitz, C. (2001). *Deep Mexico Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Maingueneau, Dominique (1989). *Novas tendências em análise de discurso*. Campinas, Pontes.
- Marcus, G. & Fischer, M. (1986). *Anthropology as Cultural Critique. An Experimental Moment in the Human Sciences*. Chicago, University of Chicago Press.
- Marcus, G. (1995). Introduction in Technoscientific Imaginaries. *Conversations, profiles and memoirs* (ed.). Chicago: University of Chicago Press, pp. 1-8.
- Marcus, G. (1992). Past, Present and emergent identities: requirements for ethnographies of late twentieth-century modernity worldwide. Lash, Scott & Friedman, Jonathan. *Modernity & Identity*. Cambridge: Blackwell, pp. 309-330.
- Marcus, Georges (1997). The uses of Complicity in the Changing Mise-en-Scene of Anthropological Fieldwork, in Ortner, Sherry, *The fate of "Culture", Geertz and Beyond*. Los Angeles: University of California Press, pp. 86-109.
- Marcus, G. (1998). *Ethnography through Thick & Thin*. Princeton: Princeton University Press.
- Marcus, G. (1999). Critical Anthropology Now: an Introduction, in *Critical Anthropology Now. Unexpected Contexts, Shifting Constituencies, Changing Agendas*. Santa Fe: School of American Research, pp. 3-28.
- Ortner, Sherry (2007). Subjetividade e crítica cultural. *Horizontes Antropológicos*, 13 (28), 375-405.
- Pêcheux, Michel (1988). *Semântica e Discurso. Uma crítica à afirmação do óbvio*. Campinas: editora da Unicamp.
- Rabinow, P.; Marcus, G.; Faubion, James e Rees, Tobias (2008). *Designs for Anthropology of the Contemporary*. Durham: Duke University Press.
- Ramos, Alcida (1998). *Ethnic Politics in Brazil*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.

- Ricoeur, Paul (1977). *Interpretação e Ideologias*. Rio de Janeiro: Francisco Alves.
- Riles, A. (2006). Introduction. In *Response, In Documents. Artifacts of Modern Knowledge*, Michigan: University of Michigan Press, pp. 1-40.
- Roseberry, W. (1994). *Anthropologies and Histories. Essay in Culture, History, and Political Economy*. New Brunswick and London: Rutgers University Press.
- Said, Edward W. (1996). *Representations of the Intellectual*. New York: Vintage Books.
- Sahlins, M. (1981). *Historical Metaphors and Mythical Realities: Structure in the Early History of the Sandwich Islands Kingdom*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Smith, G. (2004). Hegemony. In Nugent, David y Vincent, Joan. *A companion to the Anthropology of the Politics*. Malden, Oxford: Victoria/Blackwell, pp. 216-230.
- Theda S. y M. Somers (1980). The Uses of Comparative Macro-History in Macrosocial Inquiry, *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2), 174-197.
- Thompson, E. (1963). *The Making of English Working Class*. New York: Vintage.
- Weinstein, B. (2008). Developing Inequality. *Presidential address delivered at the 122nd Annual Meeting of the American Historical Association*. Washington, D. C. Disponible en http://www.historians.org/info/aha_history/weinstein.cfm

CAPÍTULO 4

DINÁMICAS INSTITUCIONAL E INTERNA DE UNA COMUNIDAD CIENTÍFICA EN LA PERIFERIA: CASO VENEZUELA

María Cristina Parra Sandoval

Introducción

Las últimas décadas del siglo xx y las dos primeras de este siglo han sido el breve tiempo histórico en el cual se han producido avances tecnológicos y científicos que han transformado el mundo. Estos adelantos han venido acompañados de reacomodos geopolíticos, modificando el mapa de las relaciones de poder en el contexto internacional y nacional.

En este escenario, destacan dos temas cuya singularidad ha impactado los ámbitos social, económico y político mundial. Por una parte, se ubica el carácter estratégico del conocimiento que, en cierta medida, desplaza o condiciona el valor de materias primas que, como el petróleo en el caso venezolano, han sido la principal fuente de recursos de los países subdesarrollados; por otro lado, está el lugar que les ha correspondido a los países en el reacomodo geopolítico internacional del conocimiento, presente en las últimas décadas.

En Venezuela, estos cambios han sucedido al tiempo que nuevos actores y proyectos políticos han trastocado todos los órdenes de la sociedad. De cuarenta años de relativa armonía y estabilidad democrática —la cual experimentaba un deterioro creciente, sobre todo a partir de la década de 1980— se ha pasado a una